



Juana Martínez Villar, 86 años.
Patricia Vera García, 20 años.

Las mil y una historias de Juana Martínez

La historia de Juana ha estado marcada por la muerte y, sin embargo, ella rebosa vida. Es una mujer pequeña y muy activa que se queja de mala memoria pero cuenta sus historias con una coherencia que asombra. Tiene 86 años y los aparenta; su cara tiene tantas arrugas como surcos tiene la tierra que la vio nacer. Albalate de las Nogueras (Cuenca), un pueblecito de 400 habitantes enclavado en la Alcarria, siempre ha vivido de la agricultura. Tienes un puente romano / que el Trabaque necesita, / con la fuente de la Alhaja / y su arboleda bonita. Así comienza el poema que Juana ha dedicado a su pueblo.

Juana nació en Albalate en 1920. Cuando sólo tenía dos años quedó huérfana de padre. Ella cuenta que nunca supo qué enfermedad padecía, pues su madre nunca dio explicaciones convincentes. Nunca ha resultado esta duda, pero ha seguido adelante con la ayuda de sus abuelos. Su abuela era una mujer entrañable que compartía todo aquello que tenía, sin escatimar nada. Muchos vecinos iban a pedirle dinero y ofrecían sus tierras como aval. En su casa no sobraba mucho pero, como tenían olivos y huerta, siempre tuvieron algo que llevarse a la boca. En la posguerra comieron sopas de ajo durante seis meses. Lejos de aborrecerlas, Juana aún las prepara y las disfruta.

De su niñez, Juana recuerda con claridad un día de encierro, en la plaza del pueblo, cuando su padrastro, en una época en que los padrastrros eran llamados "tíos", fue corneado por un toro. Las palabras de Juana consiguen recrear una imagen nítida: un hombre joven, bajado en volandas hasta la casa, y una niña de cinco años que miraba atenta. Estaba feliz al ver que su casa llena de gente que entraba y salía. Fue una vecina quien le dijo que no debía reír, pues su tío acababa de morir.

Para Juana esto significó la despedida de una segunda figura paterna. Su abuelo, el único hombre de la casa, las protegía, pero desde la distancia. Siempre ojo avizor, pero sin carantoñas. Para ti sólo alabanzas yo tengo / porque abuelos como tú / merecen un monumento, dice Juana en una de sus poesías.

Su madre volvió a casarse. Si bien su anterior marido había sido un hombre bueno y amable, el segundo padrastro de Juana traía un hijo consigo y una mala reputación. Su anterior mujer había muerto ahorcada. Juana sufrió el constante acoso de su padrastro, que conseguía hacerle la vida imposible. Un día, mientras trillaban, su nuevo padrastro le quitó la silla donde estaba sentada. Se enfadó tanto que se marchó a casa y nunca más volvió a trillar.

No sólo Juana sufría las amenazas, pero sí era la única que se atrevía a enfrentarse con él. Intentaba animar a su madre y procurar que se separara de aquel hombre. Fueron vanos intentos, pues su madre siempre volvió con él. El día que Juana se encontró una navaja en su cama fue el colmo: la riña fue tan grande que padre e hijo se marcharon de la casa y no volvieron hasta días después. Años más tarde, cuando el chaval se casó, el padrastro decidió prescindir de la madre. Según Juana, lo que quería era una mujer que los arreglara y "con la nuera tenían bastante".



Pero volvamos a la infancia de Juana. La situación era tal que, con doce años, se fue a Madrid. Viajó hasta allí con la hermana de su padrastra, que pronto le buscó una familia de conocidos a los que sirvió hasta que comenzó la guerra. Veraneaban en El Pardo, frente al cuartel, cuando tuvo lugar la sublevación. Con el cierre de comercios y la escasez de alimentos, Juana se vio obligada a volver a su pueblo. Durante unos años, sirvió a una familia, formada por padre, hija y nieto, que vivían en la ciudad de Cuenca. Después trabajó como enfermera de civiles: en el Hospital hacía guardias, cuidaba a los enfermos, los aseaba y les administraba los medicamentos. También tuvo ocasión de presenciar alguna que otra operación en vivo. Una intervención de cáncer de mama le causó especial impacto. La vida y la muerte se daban la mano. A veces, la anestesia no era suficiente y los enfermos sufrían intensos dolores durante las operaciones.

Durante todo este tiempo, Juana tuvo un novio, que se llamaba César y era pintor de brocha gorda. Se conocieron cuando unos muchachos se metían con ella y una amiga y él salió en su defensa. Desde entonces empezaron a salir, aunque el corazón de Juana ya estaba en otra parte. Juana había mantenido una estrecha relación con unos parientes de Villaconejos, el pueblo más cercano. Las familias se llevaban tan bien que, siendo los niños de edades semejantes, a veces dormían cuatro o cinco en una cama. Desde pequeños, Juana y su futuro marido habían sido amigos pero ella no se atrevió a llevar la iniciativa. "No era como ahora, tenía que ser él el que dijera de hacernos novios" explica Juana. La proposición llegó hacia 1942, cuando su marido terminó los tres años de cárcel que le habían impuesto y volvió al pueblo.

Su marido había combatido en el bando republicano y llegó a ser teniente, si bien los honores de capitán los impidió la guerra. Servía al Ejército en Mallorca cuando comenzó la guerra; cuando terminó, los vencedores lo encarcelaron. Juana cierra los ojos y repite de memoria el testimonio de causa: "es un hombre de intachable conducta en la guerra [...] pero un hombre de gran talento; por lo tanto, peligroso para la Causa". Y añade: "ese es el delito que tenía mi marido: tener talento". En estos momentos, su memoria no parece tan mala como cuenta.

¿Qué hacía Juana mientras tanto? Una vez acabada la guerra, viajó a Valencia con una amiga para estudiar Corte y Confección. Cuando volvió, enseñó costura a las mujeres y cosió ropa de encargo. No tenía muchas facilidades, pero derrochaba ingenio. Las medidas del abrigo que mejor le salió las consiguió a través de la distancia entre nudos hechos en un cordón de lana gruesa que le habían mandado. Con lógica y conocimiento, consiguió confeccionar el abrigo con las medidas perfectas.

Juana y su marido se casaron en diciembre de 1942, con sólo seis meses de novios. Tenía 22 años, vestía un traje azul marino y había juntado todos sus ahorros para pagar el coche que los llevaría hasta Cuenca. Su madre y su hermana no hicieron lo mismo, por lo que Juana sólo contó como testigos con la gente que en la iglesia estaba. Su noche de bodas fue algo digno de recordar: cuando volvían hacia Albalate, en medio de una noche helada, el coche se averió y tuvieron que pernoctar en una posada. Los recién casados consiguieron cama gracias a unos contactos; el resto de acompañantes de coche pasaron la noche charlando sentados en una silla. A la mañana siguiente, cuando consiguieron llegar al pueblo, su marido se marchó a trabajar y ella comenzó con las tareas de la casa.

A los 27 años, Juana tenía cuatro chiquillos de los que ocuparse y un campo que trabajar. A él no se le daba bien el huerto pero era un manitas para el resto de las



cosas. Ella le ayudaba y luego cuidaba de los niños. Una epidemia de sarampión, que a veces dejaba hasta tres muertos por día en un pueblo de menos de mil habitantes, hizo enfermar a todos sus hijos. La pequeña, Alicia, de dos años, no sobrevivió. Para Juana, la muerte de su hija pequeña fue un gran shock del que tardó en recuperarse. Para conjugar la mala suerte, o quizá para burlarse del destino, llamó Alicia también a quien sería su quinta hija, que nació quince años después. Esta segunda Alicia fue un regalo del cielo y todos la recibieron con alegría. Juana temió que ocurriera lo mismo y aguardó con horror la llegada del segundo cumpleaños.

Para entonces la familia ya vivía en Madrid, aumentando la cifra de emigrantes que marcharon de la provincia de Cuenca. En Madrid no era fácil hacerse con una vivienda. Construían ellos mismos las paredes y, para que las autoridades no se las derribaran, construían el tejado en un mismo día. Además, acarreaba agua hasta la casa. Cansada de tanto ajeteo, decidió lavar la ropa los domingos en la fuente, mientras la gente hacía otras cosas, pero le llamaron la atención y tuvo que seguir transportando los cubos.

Años después, la vida de Juana sufrió un nuevo revés: su hijo Eulogio, de 27 años, murió en un accidente de tráfico. En 1978 le seguiría su padre, enfermo de cáncer. Sus hijas le dicen a Juana "que no cuente su vida, que está llena de muertos". Juana lo tiene asumido y sonríe cuando desenmaraña sus recuerdos. Y es que la historia de Juana es, sobre todo, una historia de vida.

Lo importante de la vida

Juana sólo echa en falta no haber podido pronunciar la palabra "padre". De una vida llena de altibajos hace un balance negativo. Nunca le faltó protección, asegura, pero pasaba mucha envidia cuando los padres de sus amigas las subían a las mulas. Pese a todo ello, se siente orgullosa de todo lo que ha hecho y de dónde ha llegado. Repite sin cesar: "no tengo ningún secreto que esconder, todo lo que he hecho lo he hecho y ya está".

Su familia le reprocha que no sea más cariñosa. Debe ser una herencia de su madre, a la que la unió una relación distante. Una madre que, desde muy joven, sufrió mucho y este sufrimiento consiguió enfriar su carácter. "No soy de dar besos, pero si tengo que ayudarles en algo, los ayudo", así define Juana la relación con sus hijos. Sus dos hijas tienen una excelente formación y un buen puesto de trabajo. El hijo mediano atraviesa algunos problemas por culpa de su adicción al alcohol. Su rostro se apena al hablar de esta situación, pero inmediatamente recurre a una anécdota divertida que le devuelve la alegría.

Quizá las experiencias la hayan moldeado poco a poco. Afirma no haber tenido miedo nunca, ni cuando se fue a Madrid con doce años ni cuando los aviones bombardearon sobre Cuenca en la guerra. Transmite decisión en todo lo que hace, aunque quizá sea la perspectiva de los años pasados lo que le otorga esta confianza. Se puede decir, sin duda, que Juana ha mirado la vida de cara muchas veces y, de momento, le sigue ganando la batalla.

Juana es ahora una mujer activa, risueña y habladora. Ha tenido dos derrames cerebrales, pero se mueve con cierta agilidad y su conversación es coherente. Apenas ve, pero se las arregla para aprender informática. "Me van a poner un



ordenador en casa, para que siga con ello”, dice contenta. Si de algo se queja, y lo hace continuamente, es de su falta de memoria, pero a veces repite sus versos en voz alta. Desde hace unos años, escribe poesía y sueña con hacerlo mejor. Así cuenta Juana su vida: La vida me dio / también me quitó. / Me dio cinco hijos, / cinco tesoros / que para mí eran todo en mi vida. / Me quitó parte de aquello / que yo más quería. / Me dio soledad y mucha agonía. / Me dejó vacía, sin aliento, / anulando mi vida, / haciendo infelices / a todo al que a mi lado tenía. / Mi desesperación era tan grande / que yo despreciaba la vida. / El paso del tiempo el dolor mitiga. / Vinieron nuevos retoños; / fueron un bálsamo / para curar profundas heridas. / Ahora siento pena / de tener que marcharme / y no gozar de su compañía. Su sueño es que un poeta hable con ella y le enseñe como mejorar. Con 86 años, Juana quiere seguir aprendiendo.